



Pensamientos contemplativos para la vida

EL MISTERIO DE LA TRINIDAD

Por Fr. Thomas Keatig, O.C.S.O.

Tomado del Boletín Noticioso de C.O.I. del 18 de noviembre/ 10

La oración centrante emerge de la vida de Dios moviéndose dentro de nosotros. Pudimos haber experimentado este movimiento como un anhelo por más; un callado deseo de unión con algo o alguien más allá de nosotros mismos. Los momentos de unión pudieron haber llegado a nosotros en un sentido de lo sagrado en la naturaleza, al escuchar música, o al contemplar las estrellas en una noche clara. Este anhelo puede estar más definido por nuestras prácticas religiosas como la lectura orante de las Escrituras, recibir los Sacramentos, o varias prácticas devocionales. Nosotros habíamos sido cautivados por Jesucristo y ahora nos estamos moviendo cada vez más profundamente dentro de quien Él es.

La O.C. activa una relación existencial con Cristo como una manera de recibir la plenitud del amor incondicional manado de las profundidades de la Sma. Trinidad hacia la creación y hacia nosotros. A medida que nos sentamos en la O. C., nos estamos conectando con ese inmenso flujo de la vida divina dentro de nosotros. Es como si nuestra disposición espiritual encendiera un switch, y la corriente (la vida divina) que está presente en nuestro organismo, por decir, continúe, y la energía divina fluya. Ésta ya está allí, esperando ser activada. *“El último día de la fiesta, que era el más importante, Jesús, puesto en pie, dijo con voz fuerte: – ¡El que tenga sed, venga a mí; el que cree en mí, que beba! Como dice la Escritura, de su interior brotarán ríos de agua viva. Con esto quería decir Jesús que quienes creyesen en Él recibirían el Espíritu. Y es que el Espíritu todavía no había venido, porque Jesús aún no había sido glorificado”* (Juan 7: 37-39). Por supuesto, Jesús se estaba refiriendo a la que sería llamada ‘la dimensión contemplativa del Evangelio’.

La fuente de la O.C. es la Trinidad; la vida de Dios dentro de nosotros, comenzó en el Bautismo o cuandoquiera que entramos al estado de Gracia. La doctrina de la Divina Inhabitación de la Sma. Trinidad, es el más importante de todos los principios de la vida espiritual. Significa que la propia *vida* de Dios nos está siendo comunicada a nosotros, pero más allá del nivel de nuestras facultades ordinarias, porque de lo que podríamos llamar, para usar una analogía moderna científica, su alta frecuencia, es tan alta en el hecho de que sólo la fe pura puede tener acceso a la presencia divina en su plena actualidad.

La doctrina de la Sma. Trinidad ratifica tres relaciones en un sólo Dios, a quien la tradición denomina El Padre, El Hijo (la Palabra Eterna del Padre) y El Espíritu Santo. Éste es el principal Misterio de la fe cristiana.

"El Padre" en este contexto, abarca a toda relación humana que es bella, buena, y verdadera, pero especialmente evoca el sentido de parentesco, de "procedencia". La doctrina de la Trinidad

ha sido desarrollada en muchos diferentes modelos teológicos durante los siglos. Partiendo de estos modelos, podemos afirmar que ‘El Padre’ es el fundamento de toda potencialidad. La actualización de esa potencialidad dentro de la Sma. Trinidad es La Palabra. La Palabra es El Padre llegando a la plena expresión de lo que El Padre es. En un sentido, El Padre es nada, hasta que Él habla La Palabra. Él sabe quién es, sólo en El Hijo, sólo en su Palabra interior. El Espíritu es el lazo común de amor que fluye entre El Padre y El Hijo en total amor auto-donante. En otras palabras, el vaciado del Padre—la actualización de todo lo que está contenido en la infinita potencialidad—es expresado totalmente en la Palabra Eterna dentro de la Sma. Trinidad. El Padre se vierte a Sí mismo dentro del Hijo. Uno casi podría decir que no queda nada de Él. La enseñanza teológica tradicional afirma que El Padre vive en El Hijo, no en Sí mismo. El Hijo a su vez, al confrontar esta inmensa bondad que Le ha sido transferida completa y libremente, se da a Sí mismo de vuelta al Padre en una clase de abrazo, o lo que los Padres de la Iglesia han llamado: “el más dulce beso del Padre y El Hijo”. El Espíritu, entonces, es el amor del Padre y El Hijo, por decir, su corazón común. En la Sma. Trinidad no existe ‘el ego’ ni la actitud posesiva. Todo es *auto-donación*. Todo es *don*. Todo es *amor*. De aquí que, San Juan Evangelista afirme incondicionalmente que, “*Dios, es amor*”.

Toda la creación surge en y a través de la Palabra. Así La Palabra es la fuente creativa de todo lo que existe (Prólogo del Evangelio de San Juan), expresada a Sí misma en diferentes formas a través de diferentes niveles de la creación. La creación consiste en diversas manifestaciones de la infinita Realidad, sin que de ninguna manera, se agote a esa Realidad.

El vaciamiento de La Palabra al encarnarse, es la expresión visible de lo que El Padre está haciendo todo el tiempo al expresar Su Palabra interior. Consecuentemente, cuando la manifestación tiene lugar en la creación, tiene que ser expresada por alguna manera de vaciamiento. El Divino Amor cuando produce la creación, tiene que sufrir debido a que no hay manera en la cual ese amor pueda ser plenamente expresado en los términos de la creación sin El Padre, en cierto sentido, muriendo. En la creación, Dios, en cierta manera cesa de ser Dios. Al menos Dios, cesa de ser Dios, en la forma en que estaba antes de la creación. Dios tiene que estar completamente involucrado en la creación, porque cada criatura expresa algo de la belleza, bondad, y la verdad de la Palabra Eterna, quien es la plenitud absoluta de la expresión de Dios.

Jesucristo es la máxima manifestación humana de este extraordinario amor que llamamos incondicional o amor divino. Éste es el corazón del Misterio cristiano—misterio, no en el sentido de un enigma intelectual, sino en el sentido de la maravilla y el asombro, la comunicación de una delicia que es inefable y que exige, como única respuesta adecuada, nuestra entrega total a cambio. Las relaciones Trinitarias, de su propia naturaleza, nos invitan a la corriente del amor divino que es incondicional y absolutamente auto-donante. Este amor ilimitado, emerge de El Padre dentro de El Hijo, y a través de El Hijo es comunicado a toda la creación. La invitación se da a cada ser humano para entrar dentro del torrente del divino Amor, o por lo menos a aventurarse un tanto en el río de la vida eterna. A medida que dejamos ir nuestro falso-yo, nos movemos dentro de la corriente de amor que siempre está fluyendo y concediendo interminables dones de Gracia. Cuanto más abrimos nuestra capacidad de recibir, más podemos dar. Y a medida que damos, abrimos el espacio para recibir aún más.